



LAS BRUJAS.

I.

CON decir que el paisaje que el teatro representa en este cuadro es montañés, está dicho que es bello, en el sentido más poético de la palabra. De los detalles de él, sólo nos importa conocer un grupo ó *barriada* de ocho ó diez casas cortadas por otros tantos patrones diferentes, pero todos del carácter peculiar á la arquitectura rural del país. Tampoco nos importa conocer toda la barriada. Para la necesaria orientación del lector basta que éste se fije en dos casas de ella: una con portalada, solana de madera y ancho soportal, y otra enfrente, separada de la primera por un campillo ó plazuela rústica, tapizada de hieba fina, malvas, juncias y *poleos*. Esta casa, que apenas merece los honores de choza, sólo descubre el lado ó fachada principal correspondiente á la plazuela:

los otros tres quedan dentro de un huertecillo protegido por un alto seto de espinos, zarzas y saúco. Los tesoros que guarda este cercado son una parra achacosa, verde de un solo miembro, dos manzanos tísicos y algunos *posarmos*, ó berza arbórea, diseminados por el huerto, que apenas mide medio carro de tierra.

En el momento en que le contemplamos, la parra tiene media docena de racimos negros; los manzanos están en cueros vivos y los posarmos en todo su vigor; la puerta de la casuca permanece herméticamente cerrada, y, agrupados junto á la parte más transparente del seto, hay hasta cinco chicuelos mirando al interior del huerto, todos descalzos y en pelo, con un tirante sólo los más, y los calzones íntegros los menos.

El más alto es mellado; el más bajo es rubio como el pelo de una panoja; otro es gordinflón, con unos ojazos como los del buey más grande de su padre; el cuarto tiene un enorme lunar blanco en medio del cogote, y el quinto las cejas corridas y un ojo extraviado.

—¡Madre del devino Dios!—exclama el rojillo,—¡qué grande es aquél que cuelga cancia el suelo!

—No, pus el otro que está á la banda de acá,—objeta el del lunar,—puei que pese tres cuarterones.

A todo esto el gordinflón, que está en la última fila, se pone de puntillas y, relamiéndose los hocicos, dice con fruición:

—Y bien maduros que deben estar... ¡Me valga, cómo negrean las uvas! ¡Paicerán las puras mieles!...

—Puei que saban á pez,—observa el rojillo.

—Sí, á pez... ¡como no saban á pez!...—replica el grandullón.

—Pus ello—dice el del lunar,—yo no las comía.

—Tocante á eso, puei que yo tampoco—añade el rojillo;—pero puei que sí por otro lao, que á Andrés el de la Junquera bien le sabieron el otro día que saltó el huerto y apandó un rucimo.

—Pero ¡contra!—observa el mellado,—ello también semos bien güeis, ¿por qué mos han de saber á pez esos rucimos?

—Porque es bruja el ama,—responde el gordinflón con cierta solemnidad.

—Y como que es bruja—añade el rojillo,—tiene los mengues, y tuviendo los mengues, too lo que es suyo sabe á azufre, y supiendo á azufre, toos los cristianos que lo comen reventan de contaó.

—Y también paece ser que los que son miraos con enquina por las brujas,—dice el del lunar.

—De eso se murió el otro día la hija de tío Juan Bardales—replica el rojillo.—Y fué y la encontró allá abajo la bruja, ajunto casa del señor cura, y jué y no dió á la bruja los güenos días, y jué la bruja y la miró así, así, así... no, más arrevesao entovía... así, así, así; y jué y entráronle unas tercianas á la otra; conque, hijos de Dios, antayer la dieron tierra.

—Y tamién le entró solengua al güey de la viuda, porque la bruja la tocó con el palo...

—Y dice que la otra noche apaició amontá encima del campanario, dimpués de haberse chumpao el aceite de la lámpara del altar mayor, y al dir el campanero á tocar al alba vió-la allí agarrá al mango de la escoba; y qui-siendo espantarla, hizo la señal de la cruz di-jiendo al mesmo tiempo «¡Jesús!» y la bruja se comirtió en un cárabo y tresponió los aires y se jué al monte. Dicen que enestonces gol-vía de Cerneula de bailar con el enemigo malo.

—¿De modo y manera que en haciendo la señal de la cruz se va?

—O tuviendo ajos y acebache al piscuezo, como tengo yo—dice el rojillo,—y por eso no se ha metío conmigo como con mi madre, que toas las mañanas se levanta con el cuerpo amoratao de pura dentellá que le ha dao la bruja por la noche.

—Pus á tu hermana—repone el gordinflón dirigiéndose al rojillo,—no le han valío los acebaches, que bien la ha chumpao la bruja.

—Eso fué endenantes, cuando no sabíamos la melecina; pero dende enestonces acá no ha díó á más la ruinera.

—Y si no le ven á uno las brujas—pregun-ta el bizco, hasta ahora silencioso, aunque atento observador de todo lo que hacen y di-cen sus camaradas,—no pueden hacerle mal?

—Creo que no,—responde el rubio.

—Pus enestonces, ahora que no está ella en casa, bien podíamos saltarle el huerto.

—Eso digo yo tamién.

—Pus saltale tú, que en too caso tienes *ame-nículo* (1),—propone el grandullón.

—¡Cóntrales!... no me atrivo con too y con eso.

—¡Devino Dios!—exclama al mismo tiem-po el gordinflón metiendo los ojazos por el bardal,—si paece que los rucimos le están di-jiendo á uno que los arranque.

—Anda, hombre, entra por un ver...

—Cóntrales, no matentéis la cubicia...—di-ce el rubio, á quien le bailan ya las piernas.

—¡Cudiao que aquel de allá lantrón es ma-nífico!...

(1) Amuleto.

—¿Saberá ese á pez, tú?

—Tocante á eso—observa el rubio, con un pie ya en el seto,—podíamos cogerle, y dimpués pipiabas una uva, ¿eh? y dimpués escopías, diciendo «Jesús;» y dimpués pipiabas otra uva, ¿eh? y escopías y decías «Jesús;» y dimpués pipiabas otra uva y decías «Jesús,» y escopías; y si no sabían á pez las pipiabas toas diciendo «Jesús.» ¿No verdá?

Como se ve, el rubio necesitaba muy poco para decidirse á entrar en el huerto; y como lo conocían también perfectamente sus camaradas, no les fué difícil arrancarle sus últimos escrúpulos.

—Pero ¡contra!—observó todavía el travieso rapaz mirando con gran avidez á la portada de enfrente y rascándose la cabeza á dos manos;—si me guipa mi madre, va á ser pior que si me cogiera la bruja mesma.

También este recelo supieron desvanecerle sus amigos, prometiéndole una vigilancia escrupulosa. En seguida le ayudaron á elevarse sobre el seto, y desde aquella altura, no sin santiguarse antes y besar el amuleto de ajos y azabache que llevaba al cuello, se dejó caer al huerto.

—No me aceleréis ahora, ¿eh?—dijo desde adentro.

—No tengas cuidao.

—¿Viene anguno?

—No vien delguno. No ta-celeres por eso.

Pasaron escasos cinco minutos de anhelosa emoción para los de afuera, y al cabo de este tiempo apareció en el aire, y sobre el seto, un racimo como un lebrato, que fué á caer á los pies de los cuatro muchachos.

—¿No pipiar, eh?—dijo el de adentro.

—No pipiamos, no,—respondieron los de afuera, recogiendo uno el racimo y los otros las uvas dispersas.

Tomábanlas entre los dedos, como si quemaran, y entre escupitinas y conjuros las llevaban á los labios, probando apenas su provocativo licor.

—Pus no me sabe á pez,—se aventuró á decir uno, muy por lo bajo.

—Tampoco á mí,—añadió otro.

—No vos engoloséis mucho tovía, pusi-acaso,—advirtió el gordinflón, que no se atrevía á chupar una mala uva.

Otro racimo cayó del huerto.

—¿No pipiar, eh?—volvió á decir el de adentro.

—¡Que no pipiamos, contra!... ¡Me valga, qué hombre más esconfiao!...

Y mientras el rojillo andaba bregando en la parra con el tercer racimo y sus camaradas probando y escupiando las uvas de los otros dos,

se abrió la puerta de la casuca y apareció en el hueco una viejecita encorvada sobre un palo, con una alcuza en la mano, cubierto el tronco con una raída saya de estameña parda, y dejando asomar por la abertura superior una carilla macilenta, compuesta de una nariz y una barbilla que se juntaban sobre la boca, no permitiendo ver de ésta más que las dos extremidades, de dos agujeros en que apenas oscilaba un rayo de luz mortecina, y de una tercia escasa de arrugado pergamino para revestirlo.

La vieja volvió á trancar con una llave roñosa la insegura puerta que acababa de abrir para salir por ella, y renqueando se dirigió á la parte de la plazoleta en que estaban los chichuelos, para buscar la calleja con que lindaba por aquel extremo.

Verla los chicos, hacer la señal de la cruz, dejar los racimos en el suelo y desaparecer como una bandada de palomas á la vista del milano, fué todo uno.

Al mismo tiempo aparecía sobre el seto el rojillo con el tercer racimo entre manos. No sé si la vieja le vió; pero tan clara vió él á la vieja y tal horror se apoderó de su ánimo, que vacilando entre la idea de volverse al huerto ó de saltar á la otra parte, enredáronse los pies entre las zarzas, perdió el equilibrio y cayó junto á los dos racimos abandonados y á

los pies de la anciana, hiriéndose las narices contra un morrillo.

Detúvose sobrecogida la mujer al verle en tal estado, y tratando de incorporarle,

—Hijo mío—le dijo con cariño,—te pudiste haber matado... Y todo ¿por qué?—añadió reparando en los racimos:—por coger de prisa y corriendo unas uvas que yo te hubiera dado por la puerta si me las hubieras pedido.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!—gritó tres veces el rojillo al reparar á un tiempo en la presencia de la vieja y en la sangre que brotaba de las narices.

—Vaya, ángel de Dios, que esto no vale nada,—añadía la pobre mujer con el fin de tranquilizarle y después de convencerse de que la sangre procedía de un ligero rasguño.

—¡Madre, madre mía! ¡Jesús de mis entrañas!—gritaba el chico con el mayor desconuelo.

—¡Pero, inocente, si no es nada lo que tienes!

—¡Si no es por eso... es que... es que tengo miedo!...

Y el infeliz daba diente con diente.

—Es verdad... ya no me acordaba—murmuró con pena la anciana.

Y requiriendo el báculo y la alcuza, continuó su camino á lentos, cortos é inseguros pa-

sos, como los da la humana vida bajo el peso de los años y á media vara del sepulcro.

Iba á doblar el ángulo de la plazoleta para entrar en la calleja, cuando salió de la portalada una mujer desgredada y mal ceñida de refajo, que acudía á los gritos del descalabrado muchacho.—Vió la sangre que le bañaba el rostro, reparó en la vieja, y sin más averiguaciones, rugiendo como una pantera, cogió un morrillo tan grande como su cabeza y se le arrojó á la pobre mujer que, aunque le recibió de rebote y en la espalda, hubiera caído de pechos sobre las piedras á no recogerla en sus brazos el señor cura, que providencialmente iba á cruzarse con ella, siguiendo su diario y acostumbrado paseo.

El discreto sacerdote abarcó con una sola mirada todo el cuadro, y casi con lágrimas en los ojos dijo con voz conmovida, pero solemne, á la mujer que había arrojado la piedra, y sin dejar de sostener á la anciana:

—¡Teresa, eso no lo manda Dios!

Mucho contuvo á Teresa la presencia del señor cura, sin la cual Dios sabe lo que hubiera hecho; pero no tanto que la impidiera responder con ira:

—Lo que no manda Dios es que ande el demonio por la tierra acabando con las familias honradas.

Y levantando del suelo al muchacho,

—Ven acá, hijo mío,—le dijo con voz cariñosa.

Pero no había llegado con él á la portalada, cuando cambiando de tono y dándole media docena en cada nalga, comenzó á gritar:

—¡Si tú has de morir como las cabras, lambión! ¿A qué te metes en la hacienda de naide? ¿A qué juistes á tentar la pacencia de ese mal enemigo de mujer? ¿No sabías lo que te esperaba de ella?

Estas últimas palabras se perdieron dentro de la portalada, que cerró Teresa con estrépito.

Entre tanto la pobre vieja perdía el conocimiento en brazos del señor cura, que la prodigaba las mayores atenciones; pero tan pronto como volvió en sí, se empeñó en continuar su camino, sin exhalar una queja siquiera contra el proceder de su vecina.

El señor cura, después de verla caminar algún trecho, se dirigió presuroso á la portalada y entró en el corral de Teresa.

Hallábase ésta ya en el ancho soportal de su casa lavando la cara al rojillo, y junto á los dos una joven, como de veinte años, pálida como la cera, envuelta en un refajo de bayeta amarilla y acurrucada en el suelo. Sus ojos, yertos y desanimados, parecían no fijarse en lo que delante tenían.

—¡Maldita sea ella por siempre jamás amén, que se empeñó en acabar con mi casa y ya lo va consiguiendo!—gritaba Teresa mientras restañaba la sangre de su hijo.

Y á cada exclamación de éstas se santiguaba el chicuelo, y la joven pálida bajaba la vista y escarbaba el suelo con un dedo trémulo y tan descolorido como la tierra que tocaba.

Así continuó la escena un corto rato, y ya parecía calmarse la furia de Teresa, cuando al ver que, por haberse arañado la herida, volvía á sangrar su hijo, gritó más iracunda que nunca, precisamente en el instante en que entraba el cura en el corral:

—Pero, Señor, ¿ya no hay justicia en la tierra?

—En la tierra no, Teresa—respondió el cura:—en el cielo sí, y esa es la que has de temer, porque nunca falta ni se tuerce.

—Eso es: tras de cuernos, con perdón de usted, penitencia... ¡Ay, señor cura! no es lo mesmo pedricar que ser enfeliz.

—No hay verdadera desgracia, Teresa, cuando se llevan todas con resignación... ¿Tú sabes lo que acabas de hacer?...

—Sí, señor; y también lo que no hice, porque algún ángel le puso á usted delante.

—Tú lo has dicho, Teresa: algún ángel

protegió á esa pobre anciana; luego tú no obrabas bien cuando la...

—Lo que yo sé, don Prefeuto, es que estoy acabándome, y que está feneciendo toa mi familia por los malos amaños de esa endina.

—Calla, calla, y no difames á quien ni siquiera conoces.

—¡Que no conozco yo á la *Miruello*, señor cura!

—No, yo te lo aseguro.

—¿No ve usted á esta enfeliz de hija que tengo aquí, con un pie en la sepultura? ¿No ve usted á esta criatura de Dios medio atontecía de un golpe que le vino sin saber por ónde ni por ónde no?... ¿No sabe usted que mi marido, el hombre más de bien de too el mundo, y el labrador más atropao, es hoy un borracho que se va bebiendo el pan de sus hijos?... ¿No sabe usted que una cabaña de reses que yo tenía?...

—Óyeme, Teresa... Pero antes, tú, Juana, y tú, Andrés, entrad en casa un momento, que vamos á tratar nosotros un punto muy importante.

Los dos aludidos hijos de Teresa obedecieron dócilmente, y con trabajo la joven y lloriqueando Andrés se metieron en casa, cerrando la puerta en seguida.

Solos en el portal el señor cura y Teresa,

tomó asiento el primero en el poyo y comenzó así su diálogo con la segunda:

—Ya que eres la única persona razonable de tu casa, aunque no el jefe por la ley, contigo debo entenderme en el importante asunto que aquí me trae ahora, porque tu marido... ¿En dónde está tu marido, Teresa?

—En la taberna, señor.

—Como siempre... Con que, vamos á cuentas, y á cuentas claras. ¿En qué te fundas tú para creer que esa pobre mujer es capaz de ocasionarte todas las desdichas de que te quejas?

—En que es bruja... ¡bruja! Créalo usted por...

—Corriente. Y ¿qué pruebas tienes de que es bruja?

—¡Otra sí qué! Too el pueblo lo sabe, señor, como usted mismo.

—Poco á poco: yo no solamente no lo sé, sino que niego que lo sea; y en cuanto al pueblo, puede equivocarse como tú. Lo que yo quiero saber son los motivos particulares que tú tienes para tratar á esa mujer como la has tratado hace poco.

—¡María Santísima!... Si yo fuera á retaporcionarle á usted toos los itimenejes que esa endina trae contra mí... ¡Me valga el devino misterio!

—Pues mira, Teresa: para mí es hasta un deber de conciencia arrancarte esas preocupaciones funestas: conque así, no me ocultes ni una sola de tus razones.

—Espenzando por lo más gordo, dígame, señor don Prefeuto, ¿qué tiene la mi Juana que se me va consomiendo como un suspiro?

—Una enfermedad como otra cualquiera.

—Y estonces, ¿por qué en cuanto se le acuerda la Miruella le entra un temblío que se pone á morir, y un lloriqueo que se va en glárimas?

—Mera casualidad; y cosa muy natural si te empeñas tú en hácerla creer que esa mujer es la causa de todos sus males.

—Y si eso juera, ¿por qué el otro día, hablando la Miruella de la mi hija con la mi sobrina Anastasia, la decía: «se empeñan en sanar á Juana curándola de la *palotilla*, y no es esa la melecina que la conviene?» Es decir, señor don Prefeuto, que la Miruella sabe la enfermedad de Juana, y conoce la melecina y tiene sastifación en verla morir, 'porque ni quiere descubrir la enfermedad, ni decir éste es el remedio.

—Lo que eso quiere decir, Teresa, es que tía Bernarda tiene más sentido que tú, y conoce que es una barbaridad descoyuntar los huesos á las jóvenes porque están pálidas y

macilentas, y ve claro que así no pueden sanar.

—Segundamente, y perdone, Juana era una moza rebusta como un castaño siete meses hace, como usted se acordará, hasta el instante mesmo de dir una tarde al molino, porque así lo quiso, que en verdá no hacía mucha falta aquel día, porque harina teníamos tovía pa una semana. Pos señor, diéndose al molino, estuvimos en casa siete días y medio espera que espera, y mi Juana no goavía. Al cabo del tiempo voy yo mesma á preguntar por ella, y dícame el molinero que por allí no se ha visto á Juana. Güélvome desaflegía como una Magalena á casa, y me la encuentro aquí mesmo gimoteando y tapujá con la saya. Dígola que ónde ha andao metía, y respóndeme que en el molino ha estao, y que se güelve sin moler porque la presa está seca... Alviértole, don Prefeuto, que yo mesma ví el molino *arreguñao* (1), motivao á lo mucho que había llovido. A too esto, le faltaba el saco de maíz, y no sabía decirme ónde le había dejao, ni saberlo pude nunca. Con éstas y otras, pregunto de acá y de allá, y alquiero que á la muchacha la vieron salir aquella mañana mesma de casa de la Miruella. Añada usted á too esto, y perdone,

(1) Paradas las ruedas por haberse anegado en agua la parte de ellas en que cae la de la presa para darles movimiento.

que dende aquel día Juana no ha limpio la ruinera, y dígame si no es la cosa pa que yo reniegue de esa bruja y crea como los Avangelios que el enemigo malo le anda en el cuerpo, y que me destravió y atonteció á la hija al dir al molino pa acabar dimpués con ella.

Pensativo dejó por unos instantes este relato al bondadoso don Perfecto; pero como no era por las hechicerías de tía Bernarda, en las cuales empezase á creer, ni mucho menos, disimuló discretamente su curiosidad y se limitó á responder á Teresa:

—Todo eso no prueba sino que el día en que tu hija se puso mala entró en casa de la Miruella, suponiendo que esa noticia sea cierta.

—¿Y la vaca que se murió de solengua por tocarla con el palo esa mujer, cuando la alcontró en la calleja?

—Esa mujer tocó con el palo á tu vaca para que no la atropellara en la calleja, precisamente el día mismo en que tu vaca, por causas que no conocemos, se puso enferma y se murió.

—¿Y por qué cuando habla de las borracheras del mi hombre dice que yo me he ver sin manta que echar en la cama, porque me la ha de sacar la josticia si el diablo no la lleva antes, y too se va cumpliendo, porque yo he